
DOI: 10.15581/008.40.2.855

Fernández Cifuentes, Luis

1955: inventario y examen de disidencias.
Zaragoza: Prensas Universitarias, 2023.
516 pp. (ISBN: 978-84-1340-513-1)

El último libro de Luis Fernández Cifuentes declara en su título, como hace cuarenta años en su fundamental *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*, el propósito y alcance de la investigación que lo alimenta. La anteposición del año 1955 y la inmediata acotación del asunto pone las cartas boca arriba desde el principio: la obra se propone realizar un *inventario*, sometido a examen, de las disidencias anteriores a febrero de 1956, cuando tuvo lugar el primer enfrentamiento abierto entre los estudiantes universitarios y el Régimen de Franco; esto es, examinar la génesis de aquel estallido, y no solo en el año anterior –si bien en 1955 se concentra el grueso de la investigación–, sino desde 1951.

Fernández Cifuentes organiza el libro en siete capítulos que sitúan su

foco en distintos aspectos y zonas del campo intelectual: «Los jóvenes des-templados», «La muerte del maestro», «Los existencialismos hacia 1955: el caso de *Les mandarins*», «El arte, la juventud, el imperio. La última bienal», «Arquitectura y disidencia», «El malestar en la cultura del cine» y «Literaturas». Mientras que los cuatro últimos abordan sectores de la producción cultural como el arte, la arquitectura, el cine y las letras, los tres primeros giran en torno a ejes aparentemente diversos: la juventud universitaria y el expansivo germen de disconformidad que fue creciendo en ella, la figura del *maestro* intelectual, el guía oracular que representó antes de la guerra Ortega y Gasset y que en buena medida encarnó Eugenio d'Ors tras la guerra, y, por último, la recepción del existencialismo como moda intelectual (filosófica y literaria) y, en particular, la de *Les Mandarins*, novela con la que Simone de Beauvoir ganó el premio Goncourt en 1954. Todos y cada uno de los capítulos demuestran un trabajo ímprobo de inmersión hemerográfica y bibliográfica que permite visualizar el escenario conceptual del momento y el campo de actividad intelectual que lo incluye, con conexiones cruzadas entre individuos, grupos, instituciones y organizaciones, entre iniciativas y órganos de expresión y difusión.

Estas calas en la disidencia antifranquista anterior a 1956 iluminan

unos procesos y movimientos que ya conocíamos en su mayor parte pero que, vistos unos junto a otros, adquieren el valor de una prefiguración, sacan a la luz el temblor sísmico que precedió la erupción ruidosa del antifranquismo a comienzos de 1956 y el subsiguiente Estado de excepción, el primero después de la guerra civil. Con aplastante documentación, el autor muestra cómo una serie de acontecimientos desde finales de 1954 fortalecieron la disconformidad en una juventud universitaria que ya se encontraba extraña al triunfalismo oficial y a los valores y estructuras del Movimiento, una juventud cuya mirada se dirigía ya más allá de las fronteras, Francia especialmente. Fernández Cifuentes no procede como un positivista que confía en que los datos hablen por sí mismos, sino que los utiliza –profusamente, hay que decirlo– para escudriñar su sentido. Así, la llegada al Ministerio de Educación de Joaquín Ruiz-Giménez en julio de 1951 sirve de término *a quo* del proceso y su destitución tras los disturbios de febrero de término *ad quem*. Durante ese lustro, la oposición juvenil se consolidó, gracias, entre otros factores, a la incompetencia del régimen para evaluar en todo su alcance lo que pudo juzgar como alborotos de menor cuantía. A pesar de las tensiones dentro del propio gobierno, Ruiz-Giménez pudo maniobrar, nombran-

do rectores de Salamanca y Madrid a dos falangistas *liberales* como Antonio Tovar y Pedro Laín Entralgo. Pero a Cifuentes no le interesa tanto la ejecutoria política del fundador de *Cuadernos para el diálogo* como el contexto liberalizador en cuyo interior se produjeron otros acontecimientos que sí son objeto de su análisis.

1953 fue el año del concordato con la Santa Sede y el acuerdo con Estados Unidos para el establecimiento de bases militares, pero también el del triunfo de Berlanga en Cannes con *Bienvenido, Mr. Marshall* y el nacimiento del festival de cine de San Sebastián o el de la publicación de *Los cipreses crecen en Dios*, que fijaba una versión sesgada y duradera del conflicto, o del poemario *Don de la ebriedad* de Claudio Rodríguez. Aunque algunos de los hechos más decisivos no salieron en los periódicos (la renuncia del Partido Comunista a la lucha armada o el traslado a Madrid del estudiante de Derecho Enrique Múgica, agente provocador del PCE en la Universidad, organizador de los Encuentros entre la Poesía y la Universidad y promotor del Congreso de Escritores Jóvenes). El libro vuelve sobre estos hechos con testimonios espigados, casi siempre, de fuentes coetáneas, muchas procedentes de una prensa en la que –observa Cifuentes– con frecuencia podía eludirse la censura, pero también se vale

de testimonios posteriores y de buena parte de la bibliografía académica, con la que, sin embargo, apenas entra en diálogo crítico.

No cabe duda de que el lustro que precedió al estallido del 56 estuvo plagado de actividades y acontecimientos cuyas consecuencias anunciaban un estado latente de disconformidad entre la juventud universitaria e intelectual. Muchos de ellos son contemplados en el libro a la luz de la repercusión que tuvieron y del valor simbólico que entrañaron (Conversaciones cinematográficas de Salamanca, la III Bienal Hispanoamericana de Arte). Un hecho fundamental como la muerte de Ortega el 18 de octubre es analizado a través de las «noticias y reportajes» a que dio lugar y se señala oportunamente que solo seis meses antes había fallecido Eugenio d'Ors, el pensador áulico de los *eones* y los ángeles. De pronto, el faro del liberalismo intelectual español, que tantas reticencias había ido alimentando desde los días de la guerra, se apagó y dejó de ser un decepcionante ejemplo de disidencia para entrar en el espacio menos incómodo de la memoria y la biblioteca. Cifuentes desarrolla la «muerte del maestro» en el capítulo 2, pero el notable monto de datos que acumula y juzga no abarca la totalidad de cuanto podría iluminar la conformación y los movimientos de la disidencia antifranquista porque se echa

muy de menos la repercusión que el hecho tuvo en el exilio. Es cierto que se cita a José Ferrater Mora y María Zambrano, pero a través de los artículos que ambos publicaron en la revista *Ínsula*, lo que hace más llamativa la ausencia de otras valoraciones, como las publicadas en la revista *Sur* de Buenos Aires, dirigida por Victoria Ocampo, buena amiga de Ortega, o en los parisinos *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, donde escribieron tanto Ferrater como Zambrano. Y no olvidemos que estas revistas y otras que apenas se citan en el libro, fueron leídas por quienes tenían que hacerlo, las minorías en cuyas manos estuvo la posibilidad de orientar una resistencia eficaz contra la dictadura.

Una de esas minorías se echa de menos en el capítulo 4 sobre el arte, que ciertamente está centrado en la III Bienal, pero cuyo eje es la «juventud disidente del arte abstracto» representada por Tàpies y Millares. Hubiera sido pertinente traer a colación, a modo de precedente, la iniciativa, a finales de los años cuarenta, de un grupo de artistas, poetas y críticos de reunirse en Santillana del Mar en defensa del arte moderno. La que llamaron «escuela de Altamira» conoció dos encuentros, en 1949 y 1950, de los que salieron sendas publicaciones, y puso de manifiesto la voluntad de enlazar con la modernidad interna-

cional (el promotor fue el pintor Mathias Goeritz, y participaron su compatriota Willi Baumeister y el arquitecto Alberto Sartoris) y anterior a la guerra (varios miembros de ADLAN concurren a la cita, como el escultor Ángel Ferrant o el crítico Sebastià Gasch, y también, a distancia, Guillermo de Torre), lo que era una forma indiscutible de disidencia *estética* y de oposición a la cultura oficial. Lo ocurrido en la III Bial de 1956 requiere remontarse a Dau al Set y su entorno, a la revista que estuvo apareciendo hasta 1956, a los escritores neovanguardistas próximos como Juan Eduardo Cirlot y Joan Brossa, e incluso a algún *factótum* ineludible en aquellos años como Rafael Santos Torroella, perfecta bisagra entre el grupo catalán y Altamira, pero también mediador con algunos exiliados.

También se echa en falta la figura de Luis Martín-Santos en varios momentos y no solo porque en marzo de 1956 sufriera su primera detención dentro de la campaña policial reactiva tras los disturbios de febrero sino también por su presencia en varios de los círculos como la tertulia de Gambrinus o los lectores de Heidegger (lo fue, en reuniones de lectura con Emilio Lledó) y defensores de la doctrina sartreana del compromiso. La línea Jaspers, Heidegger, Sartre (con Kierkegaard por delante y Unamuno en medio) representaba entonces una imagen de

continuidad de una filosofía de la existencia que había tenido su reflejo literario en Rilke o Kafka, como exponía el libro de Otto Bollnow traducido en 1954 por Fernando Vela, titulado precisamente *Filosofía de la existencia*. Solo un año después, el joven psiquiatra y escritor (ya lo era: aquel mismo año escribió la novela inédita *El saco*) publicó su tesis doctoral *Diltbey, Jaspers y la comprensión del enfermo mental* donde podía reconocerse la huella del existencialismo. De hecho, ya en 1950, había publicado un artículo sobre «El psicoanálisis existencial de Jean-Paul Sartre» que mostraba hasta qué punto la filosofía sartreana había penetrado en su concepción de la vida humana individual y colectiva. Y fue por aquellos años cuando elaboró el armazón conceptual del ensayo *Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial*, publicado póstumamente en 1964, en cuyas páginas las afirmaciones sobre la responsabilidad conciernen tanto a la producción literaria como al ejercicio psiquiátrico. Martín-Santos hubiera podido ilustrar bien la contradictoria relación de dependencia y repelencia de los jóvenes del 56 respecto a Ortega, hubiera bastado recordar la demoledora parodia de la conferencia de Ortega en *Tiempo de silencio*. Y no hubiera estado de más situarlo en relación muy estrecha con Enrique Múgica, ambos convencidos de que la lucha contra el franquismo no debía

verse entorpecida por la rivalidad entre el PC de este y el PSOE de aquel.

El capítulo 7, sobre las «Literaturas», hubiera sido el lugar en el que referirse a Martín-Santos, al escándalo del premio de novela Pío Baroja (que le fue arrebatado por razones políticas) o al realismo comprometido subyacente en *Tiempo de silencio*, contra el que reaccionó Benet, puesto que se citan opiniones de este posteriores a *Una meditación*. Incluso se hubiera podido traer a colación la estética del «bajorrealismo» que concibieron Benet y Martín-Santos en torno a 1950 y dentro de la que ambos trabajaron hasta 1955, aunque de ello hemos tenido noticia demasiado reciente a través de la publicación del libro a cuatro manos *El amanecer podrido* (2020). También hubiera sido de interés explorar lo que tuvieron de gestos opositivos algunos premios de novela como el Café Gijón o el Sésamo de novela corta. O las polémicas que se desataron entre paladines de una novela «nacional-popular», por decirlo como el Juan Goytisolo anterior a su conversión a la audacia formal, y algún viejo testigo de la literatura moderna como Guillermo de Torre, por cierto promotor desde la editorial Losada de la traducción al español de *¿Qué es la literatura?* de Jean-Paul Sartre.

Es imposible alcanzar la exhaustividad en el análisis histórico de un fe-

nómeno determinado, pero si se acota temporalmente con la precisión y acierto con que lo ha hecho Fernández Cifuentes debería resultar más fácil acercarse a ella, en especial cuando el fenómeno examinado también está bien definido: la disidencia antifranquista que condujo al choque de febrero del 56. La investigación que presenta este libro es admirable, un ejemplo de los resultados que puede arrojar la ardua tarea de volver a las hemerotecas (ahora digitales muchas por fortuna), pero no alcanza a ser un «inventario», a menos que aceptemos que se trata de un inventario parcial, del mismo modo que el «examen de disidencias» lo es solo de algunas de ellas, lo que no deja de ser buena noticia para la futura investigación.

Domingo Ródenas de Moya
 Universitat Pompeu Fabra
 domingo.rodenas@upf.edu